

Es extraño vivir con las palabras...

Joan Manel Bueno

La verdad, la verdad, y nada más que la verdad

Cuando Dios creó el mundo, debió de crear también las palabras. De hecho, parece ser que la palabra, el Verbo, el orden racional, preexistían a su concreción material. No podía ser de otra manera. Sólo así podía hacerse efectivo el mandato bíblico de señorear la tierra y todas sus criaturas que le tocó en suerte a la primera pareja, la formada por Adán y Lucy (antes llamada Eva) ¡Qué habría sido de nosotros en un universo caótico! Un nombre para cada cosa, una cosa par cada nombre. Sin rincones del mundo innominados, sin ambigüedades, sin resquicio para la duda... Lástima de orgullo humano. Primero fue la expulsión del paraíso; después, el caos babélico. Desde entonces, las cosas ya no han vuelto a ser como antes.

Por eso, porque las cosas ya no son como antes, y porque a los humanos algún recuerdo del Edén nos debe andar rondando por las profundidades, durante siglos las más proverbiales de las inteligencias han buscado en el lenguaje el hilo de Ariadna que nos devuelva a la luz. Incluso alejados del buen camino, paganos como Sócrates y su discípulo Platón intentaron por medio de la palabra escapar de la caverna. Dialogando, forzando a las palabras a revelar sus secretos, a despojarse de las adherencias con que el tiempo las ha vestido, a mostrarse en su desnudez originaria y veraz, tan cercana de los dioses.

Mucho ha llovido desde los esfuerzos platónicos, y mucho ignorante ha malversado la originaria y original enseñanza griega ¡Qué decir de aquel zar ruso que crió a unos niños en cautividad y silencio! Cuidados por un esclavo al que se le había arrancado la lengua como garantía de mudez, esperaban la recuperación espontánea del lenguaje adánico. Por supuesto, no se trataba de eso. Nuestros afamados filósofos atenienses no creían *sensu stricto* en el poder

mágico de las palabras ni en cábala alguna que se le pudiera parecer, pero habían tomado conciencia, y ésa fue su gran aportación y su verdadera magia, de la íntima conexión existente entre lenguaje y pensamiento. Pensamos con palabras, pensamos en las palabras, y como bien dijo Wittgenstein unos cuantos siglos después, *los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo*¹.

La afirmación de Wittgenstein se refiere, como la de Platón, más a la estructura lógica del lenguaje que a las palabras concretas en las que éste se manifiesta en un momento concreto. Éstas son fruto de la convención, mas no aquélla, que refleja la estructura del pensamiento, de lo pensable. No debe, sin embargo, extrañarnos la insistencia de Platón en la concreción de la lengua cuando intenta despertar en un esclavo sin instrucción, mediante el diálogo, la verdad dormida: *es griego y habla griego*². La estructura del lenguaje y de la razón (Logos) nos unen, pero el diálogo resulta imposible fuera de una lengua común.

Dejemos para otra ocasión la cuestión de la lógica y concentrémonos en las palabras. Me impresiona una y otra vez la emoción con la que muchos niños acogen el descubrimiento del uso del diccionario. No resulta nada fácil. Cada vez que han dado con una parte de la palabra deben recordar nuevamente el orden alfabético para proseguir la búsqueda. No cesan, pese a las dificultades, en su empeño. Piensan en la palabra más rara que se les pueda ocurrir (cosas como biblioteca, maquinaria o espermatozoide si van muy adelantados) y descubren con placer que allí está, escondidas entre tantísimas otras, dispuestas a revelar su significado. Después, las palabras malsonantes, los insultos, y más tarde las que atentan contra el recato. Todo está allí, definido con precisión, aclarado, a menudo con ejemplos para su uso correcto, con sinonimias y términos afines en las obras más completas. Pertrechado con tamaño ingenio, el niño ya no abandonará su nueva arma de combate y recriminará, con los años, el mal uso de los términos a familiares, compañeros de trabajo, periodistas, poetas y en general a cualquiera que ose atentar contra el libro de los libros.

Eppur, si muove!

¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente

¹ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, proposición 5.6.

² Platón, *Menón*, 82 b, Gredos, Madrid.

y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas sino como metal.³

Diccionario. Libro de los libros. Verdad de las verdades. Pero verdad, ¿sobre qué? Porque la realidad se mueve. *Todo fluye*, decía con razón el viejo Heráclito, y no es necesario ser un gran filósofo para percatarse de la exactitud de tal afirmación. Basta con escuchar a cualquiera (eso sí, que haya tenido tiempo para acumular algunas arrugas en su piel) para saber que las manzanas ya no saben como antaño, que la carne es mucho más voluminosa en el escaparate que en la sartén, que la familia ya no es lo que era, que a cualquier cosa le llaman música...

Quedémonos con esta última afirmación. María Moliner define *música* del siguiente modo: *Sucesión de sonidos compuesta, según ciertas reglas, de modo que resulta grata al oído*. Tremendo. Según ciertas reglas... que resulta grata... Me temo que casi cualquier cosa puede ser calificada como música, o descalificada. La mayor parte de mis alumnos manifiestan un notorio aburrimiento cuando alguna vez los someto a una sesión de tortura compuesta por algunos de los momentos de mayor sensibilidad de la historia de la música. Sólo se animan ligeramente cuando aparece el *Et incarnatus* de la *Gran misa* de Mozart y lo identifican satisfechos con la música promocional de un papel de cocina. Desanimado por el resultado, intento adentrarme en su mundo musical y les pregunto por sus gustos. Al día siguiente se agolpan sobre mi mesa las más variopintas grabaciones y se atropellan, ilusionados, dándome las explicaciones necesarias para que yo comprenda las diferencias entre tropecientas líneas musicales dentro del *heavy* o de la música máquina. Ruido y más ruido, les digo al cabo de unos días. Resignados ellos, resignado yo, aprovecho para hacerles alguna reflexión sobre estética o sobre teoría de la comunicación y confío, impenitente, en topar al curso siguiente con almas más cultivadas y sensibles. Corolario: música debe ser cualquier cosa que un colectivo está dispuesto a calificar como tal.

³ Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Ediciones Universitarias de Valencia, 1980, pp. 9-10.

No es necesario buscar términos de tan amplio alcance como *música* para poner de relieve el problema. Basta con acudir a algún local de moda pensado por algún genio del diseño y verse en el trance de tener que hacer un estudio concienzudo de las costumbres de los lugareños. Y no es para menos. Uno corre el peligro de caer en desgracia sentándose en lo que los iniciados distinguen como una mesa después de no haber encontrado localización alternativa que nos parezca acorde con el reposo de nuestra anatomía ¡Qué se le va a hacer! Cosas de la vida moderna.

Si tamaños problemas nos asaltan con objetos tan aparentemente estáticos como una silla o una mesa, qué no pasará con realidades de naturaleza esencialmente cambiante como las relaciones sociales, las convenciones políticas o las definiciones morales. Y, sin embargo, qué fácil resulta, en apariencia, la lectura de autores clásicos o provenientes de otras tradiciones culturales. Usan las mismas palabras (o las traducimos y nos parece como si las hubieran dicho ellos). Las palabras nos embrujan y nos ilusionan, pero qué difícil es saber en realidad qué querían decir tales personajes cuando las dijeron. ¿Y qué puede querer decir actuar bien o mal? Depende de quién y de cuándo lo diga ¿Qué significado tiene una frase como *este objeto es mío*? Que es de mi propiedad. Pero mucho cuidado con caer en la trampa reedificadora del lenguaje. La propiedad no es sino un derecho que la sociedad nos asigna — no una propiedad del objeto—, y solamente mientras nos lo asigna. La ley que nos acredita como propietarios puede ser abolida y en vano reclamaremos nuestra supuesta propiedad, ya inexistente como tal.

La realidad cambia, y las palabras la petrifican, la paralizan y la hacen accesible al discurso y al pensamiento. Una relativa estabilidad en el uso de las palabras es necesaria, individual y colectivamente. Por eso sigue cautivándome el espectáculo de la alegría y la curiosidad infantil frente al diccionario recién descubierto. Pero conviene no olvidar que tal compartimento del mundo es un artilugio, una ficción. Útil, probablemente imprescindible, pero ficción al cabo. No quemen sus diccionarios, por favor, pero no olviden que no es fácil, ni conveniente, ponerle puertas al monte.

Quando el agua tiene maderos para atravesarla, cuando puentecillos y pretilos saltan sobre la corriente: en verdad, allí no se cree a nadie que diga “Todo fluye”.

Hasta los mismos imbéciles le contradicen. “¿Cómo?, dicen los imbéciles, ¿que todo fluye? ¡Pero si hay puentecillos y pretiles sobre la corriente!

Sobre la corriente todo es sólido, todos los valores de las cosas, los puentes, conceptos, todo el `bien´ y el `mal´: ¡todo eso es sólido!”

Mas cuando llega el duro invierno, el domador de ríos: entonces incluso los más chistosos aprenden desconfianza; y, en verdad, no sólo los imbéciles dicen entonces: “No será que todo permanece —inmóvil?”

“En el fondo todo permanece inmóvil”, —ésta es una auténtica doctrina de invierno, una buena cosa para una época estéril, un buen consuelo para los que se aletargan durante el invierno y para los trashogueros.⁴

Sucios de tiempo

Magnífico el verso de Silvio Rodríguez: *si un día llego cansado, sucio de tiempo, sin para amor...* Así es el lenguaje, sucio de tiempo, y rico también. Recuérdense la insistencia platónica ante el esclavo de Menón: *es griego y habla griego*. Sólo así es posible extraer sabiduría del lenguaje. El lenguaje sabe más que nosotros, si se me permite la personificación, y *trabajar como un negro* o afirmar de algo que *no se lo salta un gitano* no son simples curiosidades folklóricas. Fulminante la escena de *Malcolm X* en la que lee las diversas acepciones de las palabras blanco y negro. Níveo, albo, puro, esplendoroso, libro blanco, magia blanca, dar en el blanco, de punta en blanco, blanquear dinero; frente a desgraciado, triste, pesimista, tener la negra, lista negra, dinero negro, merienda de negros, me pones negro... En la lengua está depositado el peso de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestras grandezas. También de nuestras miserias.

Ya sé que el ejemplo escogido no deja de ser un tópico, pero un tópico representativo. Quizá no sea tan transparente el torrente subterráneo que fluye cuando alguien proclama (una mujer, habitualmente), en el fragor de una manifestación favorable a la legalización del aborto, una consigna como la siguiente: *mi cuerpo es mío*. Nada sospechoso inicialmente. Mensaje claro: el

⁴ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, De las tablas viejas y nuevas, 8, Alianza Editorial, Madrid.

embrión forma parte de mí y yo decido sobre su suerte. No se trata ahora, por supuesto, de entrar en discusiones morales, sino en el trasfondo que la frase revela, perfectamente construida, y sin solicitar permiso de la emisora de tal preferencia. Mi cuerpo es mío ¿Mío? ¿De quién? ¿Existe acaso algún propietario del cuerpo que no sea el cuerpo mismo? Más de dos mil años de herencia platónica asoman la cabeza entre las manifestantes. La afectada probablemente lo ignora, pero con su afirmación acaba de manifestar su pertenencia a una tradición dualista, y aunque muchos se empeñen en no hablar de almas sino de mentes o incluso de cerebros, el esquema de pensamiento permanece inalterable. El esclavo de Menón era griego, y hablaba griego. Sólo así pudo, a partir de las preguntas formuladas por Sócrates, acabar enunciando algo así como el Teorema de Pitágoras, del que jamás había oído hablar. Sólo así es posible ser un Romeo, sólo así algunos se desentienden y se lavan las manos, sólo así te (...) como Herodes. Sólo así intercambiamos, más allá de las palabras, interpretaciones subyacentes, formas de vida. Somos lo que somos y venimos de donde venimos, aunque a algunos no les haga ninguna gracia: *Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática*⁵ ¿Es eso un lastre o el más precioso de nuestros bagajes? Haya aquí espacio para mi reconocimiento a Emilio Lledó por tantas cosas, pero hoy por su artículo *El fundamento de la “anámnesis” en el Menón* incluido en libro de título sugerente, más con el asunto que nos traemos entre manos: *La memoria del Logos*⁶.

Sabía demasiado (o Decir menos)

Volvamos a los ejemplos manidos ¿Por qué la asimetría entre el hombre público y la mujer pública? ¿Por qué hablamos en masculino a las colectividades y de las colectividades? ¿Por qué nuestra especie es denominada *hombre*? ¿Por qué la mujer pierde el apellido —es decir su identificador específico— cuando se casa? ¿Por qué Dios es bueno y no buena?

Vayamos también una vez más a los mensajes menos transparentes. Hablamos de leyes de la naturaleza y tales leyes se nos aparecen con el doble sentido de prohibición y de explicación. Como las humanas, parece que prohíben determinados comportamientos. ¡Valiente ley de la gravedad sería

⁵ Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, La “razón” en la filosofía, 5, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 49.

⁶ Emilio Lledó, *La memoria del Logos*, Taurus, Madrid, 1996.

aquella que dejara caer a cada piedra como le diera la gana! En el otro sentido, quien se interroga sobre por qué en la luna es más fácil dar grandes saltos que en la tierra queda satisfecho cuando le exhibimos la ley de la gravedad que asigna una atracción directamente proporcional a la masa. La luna tiene menos masa que la tierra; por eso tal periplo vacacional nos permitiría a los más torpes emular con ventaja a Michael Jordan.

Pues bien, ni prohibición ni explicación, al menos en el sentido que habitualmente tienen estas palabras. Entender la ley como prohibición, como norma, pone de manifiesto el supuesto de la existencia de un legislador, del Supremo legislador. En un tiempo en que los fenómenos naturales eran atribuidos a la voluntad de los dioses resulta comprensible la incorporación del término *ley* para referirse a las regularidades que observamos en la naturaleza. En nuestros días, el más materialista de los científicos sigue haciendo uso de la misma palabra. Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios... Entender la ley como explicación responde en último extremo a la misma música de fondo. La ley es la respuesta a un por qué, a una voluntad causante de los fenómenos. Con la idea de explicación huimos de la incerteza, del temor, del misterio. Seamos serios. No tenemos ni idea de por qué el mundo funciona como lo hace. Las leyes de la naturaleza no son sino descripciones de las regularidades que observamos ¿Por qué cae la piedra así? Respuesta: por la ley de la gravedad. Es decir: porque las cosas caen así. La palabra justa nos tranquiliza y, enunciada con la suficiente convicción, permite silenciar al oponente. Pero es bueno saber que si el contrario no se mueve es simplemente porque ha caído en una trampa.

Sabe más que nosotros, decíamos, y a menudo sabe demasiado de nosotros. La riqueza del lenguaje, y su carga de tiempo, es la que hace posible una comunicación profunda, plena y densamente humana, pero es también la responsable de ambigüedades y equívocos, y favorece la conservación de esquemas de pensamiento tal vez caducos, innecesarios e incluso perniciosos. Por eso algunos preferirían la amnesia a la memoria del Logos y se esfuerzan por crear un lenguaje que no sepa tanto, que no diga tanto, con la esperanza de instituir, con nuevas palabras, una humanidad nueva.

La intención de la neolengua no era solamente proveer un medio de expresión a la cosmovisión y hábitos mentales propios de los devotos del Ingsoc, sino también imposibilitar otras formas de pensamiento. Lo que se pretendía era que una vez la neolengua fuera adoptada de una vez por todas y la vieja lengua olvidada, cualquier pensamiento herético, es

decir, un pensamiento divergente de los principios del Ingsoc, fuera literalmente impensable, o por lo menos en tanto que el pensamiento depende de las palabras. Su vocabulario estaba construido de tal modo que diera la expresión exacta y a menudo de un modo muy sutil a cada significado que un miembro del Partido quisiera expresar, excluyendo todos los demás sentidos, así como la posibilidad de llegar a otros sentidos por métodos indirectos. Esto se conseguía inventando nuevas palabras y desvistiendo a las palabras restantes de cualquier significado heterodoxo, y a ser posible de cualquier significado secundario. Por ejemplo, la palabra libre aún existía en neolengua, pero sólo se podía utilizar en expresiones como “este perro está libre de piojos” o “este prado está libre de malas hierbas”. No se podía usar en su viejo sentido de “políticamente libre” o “intelectualmente libre”, ya que la libertad política e intelectual ya no existían como conceptos y por lo tanto necesariamente no tenían nombre. Aparte de la supresión de palabras definitivamente heréticas, la reducción del vocabulario por sí sola se consideraba como un objetivo deseable, y no sobrevivía ninguna palabra de la que se pudiera prescindir. La finalidad de la neolengua no era aumentar, sino disminuir el área del pensamiento, objetivo que podía conseguirse reduciendo el número de palabras al mínimo indispensable.⁷

Más claro, el agua. Dar expresión exacta a los significados y evitar pensamientos divergentes. Las dos aspiraciones de los dirigentes de la utopía de Orwell han encontrado sus adalides a lo largo de nuestro siglo. Escuchemos a Wittgenstein: *Una fuente importante de nuestro fracaso en entender es que no poseemos una visión clara de nuestro uso de las palabras –nuestra gramática carece de este tipo de lucidez⁸. La filosofía es una lucha contra el embrujamiento de nuestra inteligencia por el lenguaje⁹.*

⁷ George Orwell, 1984, Destino, Barcelona, 1992, pp. 293-294.

⁸ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, § 122.

⁹ *Ibid.*, § 109.

A partir de aquí, los filósofos del Círculo de Viena defendieron, y no era eso lo que Wittgenstein defendía en las *Investigaciones filosóficas* aunque tal vez sí daba pie a ello anteriormente en el *Tractatus*, la creación de lenguajes lógicamente perfectos, unívocos y sin fisuras, cuyos términos elementales remitieran exclusivamente a fenómenos observables. Cualquier frase del lenguaje ordinario habría de ser traducida para su análisis a su equivalente formalmente correcto en el cual se percibiría inequívocamente su sentido, o tal vez su ausencia de él. De un anuncio como *el actual ministro de relaciones interplanetarias es feminista* no cabe afirmar su veracidad o su falsedad. Sería absurdo decir que el actual ministro no es feminista. Se hace necesaria la traducción a su equivalente bien construido, que sería: *existe un ministro de relaciones interplanetarias y este ministro es feminista*. Aunque la segunda parte de la conjunción siga resultando ambigua, nos basta con poder negar la primera para rechazar el conjunto, dado que una conjunción sólo es cierta si lo son todas sus partes. El ejemplo es sin duda farragoso y poco interesante, pero los integrantes de este grupo pretendían con sus análisis objetivos tan fulminantes como la eliminación del lenguaje dualista, que no es poco, o, puestos a pedir, la supresión entera de la metafísica.

En nuestros días renace la llama con una versión mucho menos anclada en la ciencia que la del neopositivismo vienés. Se trata del tan traído y llevado lenguaje políticamente correcto. El objetivo en este caso no consiste tanto en la exactitud como en la eliminación de referencias que conserven vejaciones, discriminaciones o estructuras de dominación no acordes con los tiempos que corren (o que deberían correr). Citábamos antes el machismo implícito en el lenguaje. Muy bien, dejemos de llamar *alumnos* genéricamente a los alumnos y alumnas, y denominémoslos *alumnado*. A veces la cosa no es tan sencilla y hay que recurrir a fórmulas más que forzadas como *clase médica* para no decir los médicos o *personal administrativo* para no decir secretarías (obsérvese el cambio en el género dominante: los médicos, las secretarías). Otros optan por evitar esos términos abstractos y deciden alargar las frases refiriéndose cada vez a *los asistentes* y *las asistentes*, *los compañeros* y *las compañeras*, o incluso *los jóvenes* y *las jóvenes*, como dijo en célebre alocución nuestra anterior primera dama.

El problema consiste en determinar si se gana más de lo que se pierde. Los negros han dejado de ser negros y sólo son *de color* (¿de qué color?), los viejos son de la *tercera edad* o tal vez de la *segunda infancia* y parece que ya hay que referirse a los gordos como gentes de *disposición espacial alternativa*. La última locura la constituye la revisión de los cuentos tradicionales y, según me

han dicho, en Eurodisney los piratas van a dejar de perseguir doncellas para limitarse a agasajarlas y bailar con ellas.

A veces la exageración cae en el ridículo, pero Orwell sabía bien lo que se decía, y también lo saben todos los expertos en crear estados de opinión. El lenguaje construye nuestra visión del mundo, y cada día se manifiesta en la calle y en los medios de comunicación la lucha por imponer términos como *estado español* para que no olvidemos que España es un estado (pero que tiene nombre, ¡qué demonios!), o *partidos progresistas* como si no nos quedara más remedio que asociar el progreso a determinadas fuerzas políticas (¿también en Rusia?). Una cosa es intentar evitar los automatismos heredados con toda la cosmovisión que incorporan, y otra bien diferente la estimulación de nuevos automatismos al servicio de nuevos poderes. Sin duda, hay que cuidar el lenguaje. Yo espero, pese a todo, que los malos lectores de Orwell no se salgan del todo con la suya, y que el precio por la conquista de un mundo supuestamente más libre no sea el contrasentido de unos cerebros más encadenados.

El resto no es silencio¹⁰ (o Decir más)

El resto es silencio, exclama Hamlet en su último suspiro. *De lo que no se puede hablar hay que guardar silencio*, sentencia Wittgenstein¹¹. Pero ¿quién se atreve a determinar dónde está el límite? ¿No constituyen acaso los límites una invitación a la transgresión? Entre lo ya dicho, lo aprobado oficialmente, lo que se ha constituido en uso común, y aquello que aún permanece en el ámbito del misterio, de lo innominado, está la labor del creador. Esa es *La vida de frontera*¹² con la que bautiza Carlos Marzal su segundo libro de poesía, y semejante título me parece excepcionalmente oportuno para caracterizar el trabajo del poeta (el libro, cuando no habla específicamente de esta cuestión, la muestra). Sin duda hay que decir más, y enriquecer lo decible, lo pensable, lo comunicable.

Que el precio de la precisión del lenguaje no sea el encadenamiento de los cerebros. Frente a un mundo cambiante, frente a una vida que fluye, hay que forzar las palabras a decir más, a romper los moldes, pese a quien pese, y allá los académicos y sus condenas. Y no sólo el poeta, aunque su atalaya sea

¹⁰ Alfredo Deaño, *Metafísica y análisis del lenguaje*, recogido en *El resto no es silencio*, Taurus, 1984, p. 110.

¹¹ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, proposición 7.

¹² Carlos Marzal, *La vida de frontera*, Renacimiento, Sevilla, 1991.

privilegiada. Las palabras no sólo describen, conjeturan, inventan, ordenan, saludan, mienten, reniegan, rezan, preguntan... Y no siempre, ni todo el mundo, de la misma manera. El lenguaje es una caja de herramientas, decía Wittgenstein, y la calle es el laboratorio en el que cada día se inventan nuevos usos, nuevos juegos. En tal confrontación permanente de palabras y formas de vida, unas triunfan, otras sucumben. Las más coexisten con mayor o menor fortuna. Por detrás, con cautela, con retraso, academias y diccionarios van reflejando el avance imparable de la ola. En su cresta, el punto de tensión de los usos lingüísticos que a cada instante se mueve. Por debajo, el mar profundo de la historia, sucio de tiempo, rico de experiencia, alimento y lastre, raíz y cadena.

Decir, decirnos, sabernos. Conocedores de los límites (*dejamos de pensar si nos negamos a hacerlo bajo la coerción del lenguaje*¹³), exigentes con las posibilidades. Cuando Dios creó el mundo, debió de crear también las palabras. Un nombre para cada cosa, una cosa para cada nombre. Era un edén sin cambios, sin tormentas, tal vez sin humanos de verdad... La palabra reflejaba sin recelos la esencia, eterna, inmaculada —¿inexistente?. Para nosotros, sin embargo, expulsados del paraíso, *es extraño vivir con las palabras*...¹⁴.

¹³ Friedrich Nietzsche, citado por José María Valverde en *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*, Planeta, 1993, p. 29.

¹⁴ Carlos Marzal, "Los ángeles herméticos", en *Los países nocturnos*, Tusquets, Barcelona, 1996, p. 81.